

EL CLUB DE LOS VALIENTES

Samuel era más alto y fuerte que sus compañeros de clase, y pensaba que todos los problemas se solucionaban por la fuerza.

Cuando alguno se negaba a hacer lo que él quería, lo amenazaba con darle un puñetazo. Muchos chicos, por miedo, lo seguían y cumplían sus órdenes pero Alan no.

Aquella mañana los niños aplaudían y gritaban:

- ¡Bravo! ¡Bien por Samuel! ¡Eres el más fuerte!

Y Samuel levantó los brazos en señal de victoria, mientras su rival, Alan, permanecía en el suelo temblando de miedo y sangrando por el labio.

No estaba dispuesto a permitir que Samuel le quitara su bocadillo, pero este lo había empujado con fuerza y ahora se lo estaba comiendo delante de sus narices.

Aún estaba en el suelo cuando don Alberto, su profesor, se acercó:

- ¿Qué está pasando aquí?- les preguntó a todos.

- Nada, profe, solo es una pelea- contestó uno de los chicos.

- ¿Quién ha empezado? ¿Quién te ha pegado? - preguntó dirigiéndose a Alan mientras lo ayudaba a levantarse.

Alan se quedó callado. Su cabeza daba vueltas buscando una respuesta, pues no sabía qué hacer si decía la verdad Samuel se vengaría, si decía que él había empezado la pelea don Alberto lo castigaría y se lo diría a sus padres.

Pero si se callaba, quedaría delante de todos como un cobarde y don Alberto se enfadaría con él por no querer contarle la verdad. Así que Alan tendría un problema, un serio problema, y no sabía qué hacer.

- No ha sido nada, profe, solo una pelea sin importancia- contestó.

- Pues ya me dirás que haces en el suelo con el labio partido.

- Es que Samuel me ha empujado sin querer y yo me he caído.

Don Alberto no se quedó muy convencido de la explicación, pero decidió no seguir preguntando y mandó a todos a clase.

Alan tuvo que oír cómo todos le decían en voz baja:

- ¡Cobarde, gallina, capitán de la sardina!

Se sintió mal pero no dijo nada, e intentó olvidarse de todo lo ocurrido cuanto antes.

Al salir del colegio volvió paseando hasta su casa, triste y pensativo, sin darse cuenta que alguien lo seguía.

- ¡Hola, buenas tardes, Alan! - le dijo una niña con cara sonriente.

- ¿Quién eres? No te conozco. ¿Y cómo sabes mi nombre?
- Sé todo de ti, me llamo Nala- le contestó con cara de pícara.
- Alan se quedó mirándola extrañado.
- - Vengo de un mundo diferente al tuyo y allí todos te conocen.

Alan se quedó con la boca abierta sin comprender, y le dijo:

- ¿Qué me conoces en otro mundo? No entiendo nada.
- Si quieres, te lo puedo explicar - dijo ella.
- Sí, por favor te escucho - le pidió Alan.
- En mi mundo te llaman el Rey de los Valientes porque sabes defenderte sin utilizar la fuerza y, cuando tienes algún problema lo resuelves de manera pacífica.

Alan bajó la cabeza y dijo a Nala avergonzado:

- Yo no soy valiente. Esta mañana un chico de clase me ha pegado y no he sabido defenderme.
- El chico que te ha pegado seguramente es un cobarde que usa la fuerza porque tiene miedo.
- ¿Qué Samuel es un miedoso? Tú no lo conoces...
- Sí, Alan: si utiliza la fuerza es que quiere asustarnos porque en el fondo le dais miedo, ¿no lo crees?
- Bueno, si lo miras de esa manera, puede que tengas razón.
- Hoy he venido precisamente hasta aquí para recordarte que dentro de ti hay valentía, aunque tú no lo creas.

Recuerda que en mi mundo te llaman el Rey de los Valientes porque te gusta resolver los problemas pacíficamente.

Los dos siguieron hablando mientras se acercaban a la casa de Alan.

- ¿Volveré a verte? me ha gustado mucho lo que has contado.

Y Nala le dijo:

- Pronto nos volveremos a ver...

Y, en cuanto dijo la última palabra, desapareció de su vida.

A Alan le pareció que todo había sido un sueño pero al entrar en casa, su madre le preguntó:

- Alan, ¿quién era esa chica?
- Nadie, mamá. Una chica que he conocido hoy. Se llama Nala.

Al día siguiente Alan llegó a clase con un plan. Habló con algunos compañeros con los que Samuel siempre se metía y les dijo:

- Samuel es uno y nosotros somos muchos. Propongo que cada vez que se meta con uno de nosotros, los demás nos pongamos delante defendiéndolo. ¿Qué os parece?
- ¡Bien! ¡Le daremos entre todos una paliza! - contestaron.
- No, no - dijo Alan -, no debemos pelear con él. En cuanto nos vea a todos juntos, seguro que no se atreve, porque en el fondo nos tiene miedo. Si os parece podemos formar un club. Se llamará el Club de los Valientes. ¿Os gusta el nombre?

A todos les pareció una idea estupenda, así que decidieron hacerse un escudo que los identificara como miembros del club.

Se lo pondría con un imperdible en la chaqueta, para recordar que eran unos valientes y podían resolver los problemas de forma pacífica.

El Club de los Valientes creció y creció, porque ser socio tenía muchas ventajas, y Samuel se dio cuenta de que, poco a pocos, se estaba quedando solo.

Y nunca más volvió a molestarlos.

Alan no se olvidó de su amiga Nala, y todavía espera que algún día venga de nuevo a visitarlo y le cuenta más cosas de su mundo.

Autora: Begoña Ibarrola.

Después de haber leído y hablado del cuento dibuja...